

La formación de las almas. El imaginario de la República en Brasil

José Murilo de Carvalho *



La República Francesa guiando a la República Brasileña, grabado de época

Introducción

[...]

El instrumento clásico de legitimación de los regímenes políticos en el mundo moderno es, naturalmente, la ideología, la justificación racional de la organización del poder. En el Brasil había al menos tres corrientes que se disputaban la definición de la naturaleza del nuevo régimen: el liberalismo a la norteamericana, el jacobinismo a la francesa y el positivismo. Las tres corrientes se enfrentaron intensamente en los años iniciales de la República, hasta la victoria de la primera de ellas, alrededor del cambio de siglo.

No obstante su naturaleza fundamentalmente discursiva, las justificaciones ideológicas poseían también elementos que desbordaban lo meramente discursivo, lo científicamente demostrable. Suponían modelos de república, modelos de organización de la sociedad que incorporaban aspectos utópicos y visionarios. El jacobinismo, por ejemplo, idealizaba la democracia clásica, la utopía de la democracia directa, del gobierno por intermedio de la participación directa de todos los ciudadanos. En el caso del liberalismo, la utopía era otra, la de una sociedad compuesta por individuos autónomos, cuyos intereses eran compatibilizados por la mano invisible del mercado. En esta versión, el gobierno debía interferir lo menos posible en la vida de los ciudadanos. Los ingredientes utópicos del positivismo fueron aun más

* La presente edición digital es para uso interno del curso “Cultura latinoamericana” de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Montevideo. Los fragmentos seleccionados han sido tomados de MURILO DE CARVALHO, J. (1997): *La formación de las almas. El imaginario de la República en el Brasil*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes. Se han agregado fotografías ilustrativas. Las notas indicadas con asterisco no pertenecen al texto original.

destacados. La república era vista desde una perspectiva más amplia, que postulaba una futura edad de oro en la que los seres humanos se realizarían plenamente, en el seno de una humanidad mitificada.

Como discurso, las ideologías republicanas permanecían clausuradas en el círculo cerrado de las élites ilustradas. Sin embargo, ya sea por el propio contenido del discurso o por los elementos utópicos, esas ideologías terminaron postulando la salida del cerrado y restringido mundo de las élites; terminaron por defender, cada una a su manera, la participación popular en la vida política. [...]

Me interesa en particular el trasvasamiento de las visiones de república hacia el mundo extra-élite, o en todo caso, las tentativas de efectuarlo. Este trasvasamiento no podía ser realizado por medio del discurso, inaccesible a un público con bajo nivel de educación formal. Tenía que ser realizado con signos más universales, de lectura más fácil, como las imágenes, las alegorías, los símbolos, los mitos. [...]

Al profundizar la investigación verifiqué, si bien en escala menor que en el caso francés, que también hubo entre nosotros una batalla de símbolos y alegorías, parte integrante de las batallas ideológica y política. Se trató de una batalla en torno de la imagen del nuevo régimen, cuya finalidad era alcanzar el imaginario popular para recrearlo dentro de los valores republicanos. La batalla por el imaginario popular republicano será el tema central de este libro. La elaboración de un imaginario es parte integrante de la legitimación de cualquier régimen político. Por medio del imaginario se puede llegar no solo a la cabeza, sino de modo especial al corazón; esto es, las aspiraciones, los miedos y las esperanzas de un pueblo. Es en él donde las sociedades definen sus identidades y objetivos, definen sus enemigos, organizan su pasado, presente y futuro. El imaginario social está constituido y se expresa por ideologías y utopías, sin duda, pero también –y es lo que aquí me interesa– por símbolos, por alegorías, rituales, mitos. Símbolos y mitos pueden, debido a su carácter difuso, a su lectura menos codificada, tornarse elementos poderosos de proyección de intereses, aspiraciones y miedos colectivos. En la medida en que logren constituir el imaginario, pueden también plasmar visiones del mundo y modelar conductas.

[...]

La tarea que me propongo ahora es discutir más a fondo el contenido de algunos de los principales símbolos usados por los republicanos brasileños, y en la medida de lo posible evaluar su aceptación o no por parte del público al cual se destinaban; esto es, su eficacia para promover la legitimación del nuevo régimen. La discusión acerca de los símbolos y de su contenido ofrecerá elementos valiosos para entender la visión de la república subyacente, o incluso la visión de la sociedad, de la historia y del propio ser humano. Puede resultar decisiva para esclarecer las divergencias y los conflictos entre las distintas concepciones de república entonces presentes. La aceptación o el rechazo de los símbolos propuestos, revelará las raíces republicanas preexistentes en el imaginario popular y la capacidad de los manipuladores de símbolos para rehacer ese imaginario de acuerdo con los nuevos valores. Un símbolo establece una relación de significado entre dos objetos, dos ideas, o entre objetos e ideas, o entre dos imágenes. Aun cuando el establecimiento de esa relación parta de un acto de la voluntad, su aceptación, su eficacia política, dependerá de la existencia de aquello que Baczkó llamó

comunidad de imaginación o comunidad de sentido.¹ Si está ausente ese terreno común, cuyas raíces se encuentran ya sea en el imaginario preexistente, ya sea en aspiraciones colectivas en busca de un nuevo imaginario, la relación de significado no se establece y el símbolo cae en el vacío, cuando no en el ridículo.

Entre los varios símbolos, alegorías y mitos usados fueron seleccionados aquellos que parecieron los más evidentes y capaces de echar luz sobre el fenómeno de la República y su implantación. Cada uno será objeto de un capítulo. El capítulo 2 discutirá el mito de origen de la República. La creación de un mito de origen es un fenómeno universal que se verifica no solo en los regímenes políticos, sino también en las naciones, los pueblos, las tribus, las ciudades. A menudo disfrazado de historiografía, o tal vez enredado con ella de forma indisoluble, el mito de origen busca establecer una versión de los hechos, real o imaginada, que dará sentido y legitimidad a la situación vencedora. En el caso de la creación de nuevos regímenes, el mito establecerá la verdad de la solución vencedora contra las fuerzas del pasado o de la oposición. Si no son abiertamente distorsionados, los hechos adquirirán, en la versión mitificada, dimensiones apropiadas para la transmisión de la idea de deseabilidad y superioridad de la nueva situación. La misma distorsión sufrirán los personajes involucrados.

[...]

Capítulo 2. Las proclamaciones de la República

Es posible pensar si la historia no será en gran medida una novela hecha por los historiadores.
Tobias Monteiro

[...]

La batalla simbólica fue, si no más, tan importante como la misma proclamación de la República, proclamación inesperada, rápida, incruenta. Estaban en juego la definición de los papeles de los diversos actores, los títulos de propiedad que cada uno juzgaba poseer sobre el nuevo régimen, la propia naturaleza del régimen.

El hecho de que la proclamación fuera un fenómeno militar,[□] en buena parte desvinculado del movimiento civil republicano, significa que su estudio, por sí solo, es incapaz de explicar la naturaleza del nuevo régimen. El advenimiento de la República no puede ser reducido a la cuestión militar y a la insurrección de las unidades militares acuarteladas en San Cristóbal. Por otro lado, sería incorrecto menospreciar los acontecimientos del 15 de noviembre como si se tratase de un simple accidente. No por otra razón se luchó tanto por su definición histórica. Deodoro da Fonseca, Benjamín Constant, Quintino Bocaiuva, Floriano Peixoto: no hay inocencia en la pelea por la delimitación del papel de cada uno de estos personajes. Tras la disputa, hay lucha por el poder y visiones distintas sobre la naturaleza de la República.

¹ BACZKO, B. (1984): *Les imaginaires sociaux. Mémoire et espoirs collectifs*. Paris, Payot [hay traducción castellana: *Los imaginarios sociales. Memoria y esperanza colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1991].

[□] La deposición del Emperador D. Pedro II fue forzada por un movimiento militar encabezado por el mariscal Deodoro da Fonseca, que estableció un gobierno provisorio presidido por él, e integrado por el mariscal Floriano Peixoto como vicepresidente y que entre otros ministros contó a Benjamín Constant y Quintino Bocaiúva.

[...]

Deodoro: la república militar

¿Qué representaba el deodorismo? Fue defendido principalmente por sectores militares desvinculados de la propaganda republicana. Los deodoristas eran, sobre todo, los oficiales superiores que habían luchado en la guerra contra el Paraguay. [...] Para ese grupo la proclamación fue un acto estrictamente militar, corporativo, ejecutado bajo el liderazgo insustituible de Deodoro. Los civiles poco o nada habían influido.

[...]

Este grupo no tenía una visión elaborada de república, buscaba apenas una posición de mayor prestigio y poder, a la que juzgaba tener derecho después del esfuerzo realizado en la guerra contra el Paraguay. La élite política imperial, a pesar de los muchos indicios de insatisfacción militar, no cedió en su civilismo ni en su convicción sobre la necesidad del predominio de la autoridad civil. [...] Surgido el espíritu de cuerpo, y habiendo desaparecido la posibilidad de una relación privilegiada de los jefes con el emperador, los militares se confrontaron con el gabinete y el parlamento, esto es, con la élite política civil, que siempre se había enorgullecido de mantener al Brasil alejado del estilo caudillista predominante en las repúblicas vecinas y considerado como un indicador de barbarie política. [...]



El deodorismo se muestra con nitidez en el conocido óleo de H. Bernardelli que representa la proclamación de la República. El cuadro está totalmente dominado por la imagen ecuestre del mariscal, que ocupa todo el primer plano. Las otras figuras aparecen en el fondo y en una posición secundaria. Allí están Benjamín Constant, en pie de igualdad con Quintino Bocaiúva, ambos a caballo, y a pie, Aristides Lobo. El estilo del cuadro es el de la clásica exaltación del héroe militar, elevado sobre el común de los mortales y montando sobre un fogoso animal. Es la exaltación del gran hombre victorioso, hacedor de la historia.

[...]

Benjamín Constant: la república sociocrática.

Los defensores de la preponderancia de Benjamín Constant en la proclamación representaban una corriente política e ideológica muy distinta. La diferencia ya se pone de manifiesto en los adjetivos con los que se describió, o endiosó, a Benjamín Constant. Junto a la calificación de fundador, en disputa directa con Deodoro, aparecieron otras que describían mejor el papel que se le atribuía. Era el catequista, el apóstol, el evangelizador, el adoctrinador, la cabeza pensante, el preceptor, el maestro, el ídolo de la juventud militar. [...] A él se debería el hecho de que el 15 de noviembre fuese más que un amotinamiento destinado a derribar el ministerio de Ouro Preto;[□] esto es, de que se hubiese transformado en un cambio de régimen, en una revolución, en la salvación de la patria.

La exposición más elaborada de esa vertiente fue hecha por los positivistas ortodoxos. Benjamín Constant tuvo desavenencias con Miguel Lemos, desvinculándose entonces de la Sociedad Positivista en 1882, pero manteniendo una relación amistosa con los jefes de la ortodoxia. Éstos lo requirieron luego de la proclamación, el 17 de noviembre, siguiendo en estrecho contacto hasta su muerte en 1891. Un año después Teixeira Mendes publicó su biografía. Es ésta, Benjamín Constant es colocado en el panteón cívico del Brasil, al lado de Tiradentes y José Bonifácio. Tiradentes en la *Inconfidência*, José Bonifácio en la Independencia, Benjamín en la República; ésa era, para los ortodoxos, la trinidad cívica que simbolizaba el avance de la sociedad brasileña en dirección a su destino histórico, que era también la plenitud de la humanidad en su fase positiva.

[...]

Esta visión entraba en conflicto no solo con el deodorismo sino también, y principalmente, con la posición de buena parte de los históricos. Se hablaba acerca de la división entre las corrientes democrática y sociocrática, entendiéndose por democrática la posición de los históricos no positivistas, partidarios de una república representativa a la manera norteamericana, o tal vez incluso a la manera de la Tercera República francesa. Los sociocráticos, o positivistas, eran enemigos abiertos de la democracia representativa, característica, para ellos, del estado metafísico[□] de la humanidad. En su lugar debería ser implantada la dictadura republicana, forma de gobierno inspirada tanto en la tradición clásica romana como en la figura del Dantón de los tiempos del Comité de Salvación Pública de la Revolución Francesa. El Congreso, en ese modelo, cumplía apenas un papel vinculado al presupuesto. El dictador republicano gobernaría de forma vitalicia y escogería a su sucesor. La finalidad de esa dictadura era promover la república social, esto es, garantizar, por un lado, todas las libertades espirituales, y promover, por el otro, la incorporación del proletariado a la sociedad mediante la eliminación de los privilegios de la burguesía.

La vertiente vinculada a Benjamín Constant, en su forma pura, se restringió a las propuestas de los ortodoxos y no encontró aplicación práctica. Sin embargo, contribuyó a varias medidas de los primeros años de la República, sobre todo la separación de la iglesia y el estado, la

[□] Afonso Celso de Assis Figueiredo, Vizconde de Ouro Preto, miembro del Partido Liberal, era el Presidente del Consejo de Ministros del Imperio.

[□] Alude a los tres “estados” de la historia según Augusto Comte: el estado religioso, el estado metafísico y el estado científico.

introducción del casamiento civil, la secularización de los cementerios, el inicio del contacto con la clase obrera, la reforma de la enseñanza militar. La idea de una república dictatorial, social y virtuosa, y la oposición a la representación política, a la élite bachilleresca, permitieron la fusión parcial de esta corriente con el jacobinismo que surgió durante el gobierno de Floriano y marcó la política republicana hasta 1897. A pesar de que Floriano era católico y aborrecía el positivismo, el estilo de gobierno que representó –autoritario, *anticasacas*,[□] contra el gran capital, moralista, populista- tuvo varios puntos de contacto con la propuesta positivista, no obstante esa doctrina estuviese en contradicción con el militarismo.

[...]

La vertiente positivista dejó su marca en varios monumentos republicanos, entre los que destacan los dedicados a Benjamín Constant, localizado en la Plaza de la República, en Río de Janeiro; a Floriano Peixoto, en Cinelândia, también en Río, y a Júlio de Castillos, en Porto Alegre, todos obras de los artistas positivistas Eduardo de Sá y Décio Villares. Semejantes en la concepción, los tres constituyen verdaderos discursos políticos. Obedecen no solo a las ideas políticas y filosóficas de Comte, sino también a sus concepciones estéticas, según las cuales el arte debe ser la idealización de la realidad, la exaltación del lado altruista y afectivo del ser humano, debe promover el culto cívico de la familia, de la patria y de la humanidad. El culto cívico, en el caso brasileño, según la orientación del Apostolado positivista, incluía, además de la bandera republicana, diseñada por Décio Villares, las figuras de Tiradentes, José Bonifacio y Benjamín Constant.

El monumento a Benjamín Constant, ejecutado por Décio Villares e inaugurado en 1925, fue propuesto por Raimundo Teixeira Mendes en 1892. Propuesto y concebido. Según Teixeira Mendes, Benjamín Constant debía ser mostrado sin dudas en su actuación del 15 de noviembre, pero era necesario que se explicitara que actuaba “sustentado moralmente por la Familia e impulsado por la Patria, al servicio de la Humanidad”.



La figura simbólica de la República, representada por una mujer, debería dominar el monumento. Benjamín Constant tenía que aparecer con la bandera republicana cruzada sobre

[□] “Casacas”, en el lenguaje popular de la época, aludía a personas urbanas de cierto nivel social.

el pecho, destacando el lema “Orden y Progreso”. Los bajorrelieves representarían escenas de la vida del héroe.²



La obra de Décio Villares siguió en casi todo las indicaciones de Teixeira Mendes. La única modificación significativa, pero que no es ajena a la simbología positivista, fue la sustitución de la Patria por la Humanidad -también representada por una mujer, ahora con un niño en brazos- en la cima del monumento. Benjamín Constant mira hacia el Cuartel General, con la bandera detrás. En los medallones y bajorrelieves de las cuatro caras del monumento aparecen escenas de su vida, incluida la del 15 de noviembre, en la que está colocado al lado de Deodoro, en pie de igualdad, en una especie de contrapunto con la figura del mariscal: mientras que Deodoro mantiene su quepis en alto, Benjamín Constant

ha bajado el suyo. En los medallones se muestran las figuras de Tiradentes y José Bonifacio. En uno de los bajorrelieves, en la parte posterior, se hace referencia a la Revolución Francesa en la figura de Danton. En uno de los medallones más audaces, Cristóbal Colón preside una ceremonia en la que Benjamin Constant devuelve al Presidente José Gaspar de Francia los trofeos de la Guerra del Paraguay. El bronce utilizado provino de la fundición de dos cañones, uno brasileño, otro paraguayo. Por todo el monumento se reproducen lemas positivistas y frases de Benjamin Constant, tales como “La religión de la Humanidad es mi religión”.

El monumento a Floriano Peixoto, de Eduardo de Sá, pone de manifiesto una visión semejante. La obra fue inaugurada en 1910, pero el edicto es de 1901. La figura de Floriano está colocada en lo alto del pedestal, en una composición llamada *Guardia a la bandera*. Al igual que el monumento anterior, la bandera republicana forma el telón de fondo de la estatua. En ella, en bajorrelieve, están las cabezas de Tiradentes y José Bonifacio y el busto de Benjamin Constant. A la izquierda, una figura de mujer joven extiende la mano derecha, bendiciendo el pasado y apuntando hacia el futuro de la patria.



La base del monumento tiene la forma de altar cívico, una referencia a los altares erigidos en París después de la Revolución de 1789. En los nichos del altar fueron colocados cuatro grupos en bronce y una estatua. Los grupos representan las tres razas constitutivas de la población brasileña y la

² Véase R. Teixeira Mendes, *Benjamín Constant*, pp. 536-538. Una concepción semejante a la del monumento tenía el proyecto de un cuadro al óleo de Eduardo de Sá sobre la proclamación de la República. En él, Benjamín Constant aparece como la figura central y como el eslabón final de la cadena que comienza con Tiradentes y pasa por José Bonifacio. La República también aparece ligada a la humanidad. Aparentemente, el cuadro quedó inconcluso. Véase *O Paiz*, 15 de noviembre de 1899.

religión católica, mediante la referencia a poemas famosos de la literatura brasileña. Allí están *O Caramuru* (raza blanca), *A cachoeira de Paulo Afonso* (raza negra), *Y-Juca Pirama* (raza amarilla) y *Anchieta* (catolicismo). La figura de la mujer, con una rosa en la mano, significa la raza mixta surgida de la fusión de las tres etnias y el predominio del sentimiento y del amor. Paneles en bajorrelieve muestran colaboradores de la obra de Floriano. Eran tantas las figuras, que se decía en la época -según Francisco de Assis Barbosa- que desde el tope del monumento Floriano parecía gritar: “¡Aquí no sube nadie más!”.³



El monumento dio lugar a una larga controversia. Se lo acusaba por el carácter sectario de su concepción, por representar el intento de una corriente de pensamiento, de una facción política, de apropiarse indebidamente de una figura que pertenecía a todos los republicanos. La polémica se entiende debido al hecho de que Floriano no fue un positivista, al contrario de Benjamin Constant y Júlio Castillos. El monumento era, por cierto, un intento positivista de apropiarse de su memoria. No deja de ser significativo que Floriano haya sido colocado en el monumento custodiando la bandera republicana concebida por los positivistas. Como es sabido, a Floriano no le gustaba la bandera e incluso llegó a alentar, durante su presidencia, un proyecto de ley que proponía modificarla sacando el lema positivista, como se verá más adelante.⁴

El monumento a Júlio Castillos, inaugurado en Porto Alegre en 1913, no difiere mucho en su concepción. La obra es del mismo Décio Villares que ejecutó el de Benjamín Constant y está compuesta por una pirámide en cuyo tope domina la figura de la República en forma de mujer y que tiene, a sus pies, un globo en el que se distinguen veintiuna estrellas, que representan la

³ Sobre el monumento a Floriano Peixoto, véase A.R. Gomes de Castro, *O monumento a Floriano por Eduardo de Sá*. El mayor Gomes de Castro, positivista y florianista, era el presidente de la comisión de construcción del monumento. El comentario de Francisco de Assis Barbosa está en el prefacio que escribió para la segunda edición del libro de Sérgio Correia da Costa, *A diplomacia do marechal*, p. XIX.

⁴ Para un ejemplo de las críticas al monumento, véase *O Paiz*, 10 de mayo de 1904. El editorial del diario de Quintito Bocaiúva censura a la comisión por imponer limitaciones a los escultores que concursaron con proyectos para el monumento. Los proyectos resultaron mal hechos, sin originalidad, ridículamente complicados y censurablemente partidarios. Según el editorialista, levantar ese monumento sería “dar al mundo culto una triste prueba de fanatismo e incurrir ante nosotros mismos en un tristísimo ridículo”. Sin embargo, después de una batalla de seis años, el monumento fue erigido de acuerdo con los deseos de la comisión y el mayor.

Federación, y el indefectible “Orden y Progreso”. En la base de la pirámide, en los cuatro lados, aparecen varias escenas de la vida de Júlio Castillos, además de las tradicionales referencias a Tiradentes, a José Bonifacio y a la Revolución Francesa. Lemas positivistas se distribuyen por todo el monumento.⁵



Monumento a Júlio Castillos, de Décio Villares, Plaza Matriz de Porto Alegre, con la catedral al fondo



⁵ Véase *O monumento a Júlio Castillos*, folleto publicado por el gobierno de Rio Grande do Sul, en el que Eduardo de Sá expone las teorías estéticas del positivismo y describe la concepción de la obra. Véase también Gomes de Castro, *O monumento a Floriano*, pp. 9-35.



Un detalle significativo: la “anarquía” arrodillada frente al prócer

Quintino Bocaiúva: la república liberal

Quintino Bocaiúva era el representante en 1889 de la propaganda republicana inaugurada con cierto estruendo por el Manifiesto de 1870,[□] que él mismo había redactado en gran parte. En mayo de 1889, durante el Congreso Republicano Federal realizado en San Pablo, Quintino Bocaiúva fue elegido jefe del Partido Republicano Brasileño, posición que le otorgaba la representación de los republicanos paulistas y de otras provincias. Por esa razón, aunque hubiese divergencias dentro del partido respecto de los métodos que debían ser empleados para el cambio de régimen, el 15 de noviembre él representaba a todos los propagandistas civiles.

La defensa de su papel era más problemática que la de la participación de las dos facciones militares, por el simple hecho de que el 15 de noviembre fue una acción decidida y llevada a cabo por los militares. Los republicanos civiles fueron puestos al tanto de la conspiración apenas cuatro días antes de su desenlace. Y aun así, como vimos, en contra de la voluntad de Deodoro. Sin embargo, era importante para la legitimidad del movimiento que éste no

[□] Referencia al *Manifiesto Republicano*, publicado el 3 de diciembre de 1870 en el periódico *La República*, de Rio de Janeiro, firmado por varias decenas de miembros disidentes del Partido Liberal que habían fundado poco antes el Partido Republicano Brasileño.

apareciese como una simple acción militar. Era fundamental que la presencia de los históricos constase en el mismo evento, a fin de evitar la ironía de una proclamación ajena a los esfuerzos que desplegaban hacía tantos años.

[...]

La presencia militar era innegable, pero era necesario transformarla en un mero instrumento de los designios de los históricos. La posición de Deodoro les resultaba simpática exactamente por ser corporativa. Deodoro representaba el apoyo de la corporación militar, apoyo que no interferiría en la concepción del nuevo régimen ni tampoco en su funcionamiento. A los históricos les bastaba con destacar las vacilaciones del mariscal en la reunión del 11 de noviembre y después de la dimisión del gabinete de Ouro Preto. En los dos momentos Quintino Bocaiúva aparece, según la versión del grupo, como la persona que lleva a Deodoro a decidirse a favor de la república.

Más importante que afirmar la posición de los históricos frente a Deodoro, era afirmarla frente a Benjamín Constant. Si la glorificación de Deodoro era compatible con la propuesta de los históricos, o por lo menos de un grupo de ellos, la de Benjamín Constant no lo era, una vez que representaba, además de la interferencia militar, una concepción de república, una determinación por orientar los rumbos del nuevo régimen. Los rumbos de Benjamín Constant eran los rumbos positivistas. Si bien había históricos positivistas, especialmente en Rio Grande do Sul, éstos no predominaban en Rio y mucho menos en San Pablo, donde el movimiento tenía mayor peso. La república sociocrática de los positivistas era incompatible con la república democrática de los paulistas, esto es, con la república representativa a la manera norteamericana. Ésta era, para los positivistas, una dictadura parlamentaria, una burguesocracia. Los grandes adversarios ideológicos de los históricos eran los positivistas y no los deodoristas.

[...]

La afirmación del papel de los históricos era, por lo tanto, importante para garantizar la posición de los civiles en la proclamación y la perspectiva liberal de la República. Pero era imposible negar el aspecto militar del evento y el carácter inesperado de su eclosión. Todos los diarios de Río registraron ambos elementos. Un compilador de las noticias publicadas en los primeros días de la República reconoce “el sentimiento de sorpresa unánime producido por el establecimiento de la forma republicana en el Brasil”. Arthur Azevedo, un republicano insospechable, dijo que la expresión de Arístides Lobo era cruelmente real, pues “los cariocas se miraban unos a los otros, pasmados, interrogándose con los ojos sin decir palabra”. Al volver a casa, a las dos de la madrugada, todo estaba calmo y desierto en el Rocío (plaza Tiradentes). Cantando, cuatro barrenderos barrían la calle del Espíritu Santo. Al verlos, el dramaturgo pensó: “Estos hombres no sabían, quizá, que ese día había ocurrido una revolución”.

[...]

En tales circunstancias era difícil, si no imposible, elaborar un mito de origen basado en el predominio civil. ¿Cómo construir un monumento a la proclamación en el que Quintino

Bocaiúva, Glicério o Arístides Lobo apareciesen como figuras principales? Aun dentro de una estética positivista, en la que la idealización era la regla, esa obra carecería de un mínimo de credibilidad. El día 15 los civiles aparecieron en el fondo del escenario, como actores coadyuvantes, figurantes, encargados de la pirotecnia. Su momento de mayor presencia fue la breve y algo tumultuosa escena en la Cámara Municipal. Pero además de que la ceremonia no fue decisiva para el desenlace de la situación, su héroe no era convincente. Patrocínio, el concejal que promovió el acto, había criticado violentamente a los republicanos hasta poco tiempo antes, y éstos lo odiaban por sus vinculaciones con la Guardia Negra.[□] Además de exhibir un héroe errado, la ceremonia ostentó un símbolo errado. La bandera izada por Patrocínio en el edificio de la Cámara Municipal era la del Club Republicano Lopez Trovao, una imitación de la bandera norteamericana, que cuatro días después fue sustituida por la versión positivista tornada oficial.

Así como ningún líder republicano civil tuvo algún gesto digno de ser inmortalizado por el arte, también el pueblo estuvo lejos de representar un papel semejante al que había desempeñado en la Revolución Francesa de la que tanto hablaban los republicanos.

[...]

Los intentos de construir el mito original de la República revelan las contradicciones que marcaron el inicio del régimen, incluso entre los que lo promovieron. Contradicciones que no desaparecieron con el correr del tiempo: la división entre las corrientes militares tuvo larga vida. No sería un despropósito, por ejemplo, ver en el movimiento de los tenientes, iniciado en 1922, así como en las agitaciones nacionalistas lideradas por el Club Militar en la década de 1950, una resonancia explícita de la vertiente positivista. En 1930 se hablaba abiertamente de la implantación de una dictadura republicana. En 1950 eran frecuentes las referencias a Benjamín Constant y a la intensa participación política de los militares que caracterizó el fin del Imperio y el inicio de la República. Había incluso, en los años cincuenta, epígonos del positivismo ortodoxo como los generales Horta Barbosa y Rondón.

[...]

Pero aunque los militares lograron, al fin, superar buena parte de sus divergencias, las divisiones entre los civiles, y entre éstos y los militares, permanecieron. Es posible que una de las razones del fracaso de las conmemoraciones del centenario de la República esté precisamente en el embarazo que causaban después de veinte años de gobierno militar. Para los civiles, salidos de una larga lucha por la desmilitarización de la República, era difícil volver a hablar de los generales que la habían implantado y la consideraban de su propiedad. Tampoco los militares como institución estaban interesados en retomar las divergencias que marcaron los momentos iniciales del régimen, que incluían no solo conflictos dentro del Ejército, sino también entre el Ejército y la Armada.

El mito del origen quedó inconcluso, como inconclusa quedara la República.

[□] La Guardia Negra fue un cuerpo de milicias pro-monárquico, formado por antiguos esclavos, que perseguía y hostigaba a militantes republicanos.

Capítulo 6. Los positivistas y la manipulación del imaginario

A lo largo de los capítulos precedentes, la presencia de los positivistas ortodoxos fue constante y notoria. Intervinieron intensamente en todas las batallas simbólicas discutidas aquí: las del mito del origen, del héroe, de la alegoría femenina, de la bandera. Solo no se manifestaron en el caso del himno, quizá por estar de acuerdo con la solución adoptada. Constituyeron, sin duda, el grupo más activo, más beligerante, en el empeño de tornar la República un régimen no solo aceptado, sino también amado por la población. Sus armas fueron la palabra escrita y los símbolos cívicos. Por ellos y con ellos lucharon con dedicación apostólica (sus enemigos dirían con obsesión de fanáticos).

[...]

El imaginario comteano

Ya antes del episodio del encuentro con Clotilde de Vaux, en 1848, responsable de su “regeneración moral”, el pensamiento de Comte exhibía elementos no provenientes de fuentes científicas, o positivistas, en el sentido estricto del término. La influencia de Saint-Simon, de los elementos utópicos de su pensamiento, no fue ajena probablemente a esta tendencia manifestada, sobre todo, en las visiones grandiosas de Comte sobre la evolución de la humanidad, y quizá también en la ambición de sustituir la utopía católica de la Edad Media por la utopía laica de la Edad Positiva.

Pero Comte desarrolló los elementos utópicos y religiosos, sobre todo, a partir del encuentro con Clotilde. El sentimiento fue colocado en primer plano, desplazando a la razón, base de su obra anterior, a una posición subordinada. En vez de una simple filosofía, o una filosofía de la historia, el positivismo comteano evolucionó en la dirección de una religión de la humanidad, con su teología, sus rituales, su hagiografía. En la medida en que pretendía ser una concepción laica, fundió lo religioso con lo cívico, o mejor, lo cívico se tornó religioso. Los santos de la nueva religión eran los grandes hombres de la humanidad, los rituales eran fiestas cívicas, la teología era su filosofía, los nuevos sacerdotes eran los positivistas. En la base de la nueva humanidad Comte colocó al altruismo, sustituto de la caridad católica. Y aun en el mismo rumbo del comunitarismo católico, destacó las instituciones de la solidaridad, jerarquizándolas. En la base estaba la familia, seguida de la patria, y como culminación del proceso, la humanidad.⁶

El giro “clotildeano” tuvo un peso indiscutible en la elaborada visión de la mujer y su papel en la evolución social. En el *Cours de philosophie* la posición acerca de la mujer no discrepaba de la visión tradicional de su inferioridad en relación con el hombre. Pero luego, al combinar los descubrimientos de la biología con las visiones católico-feudales, Comte terminó afirmando la superioridad social y moral de la mujer sobre el hombre; superioridad basada en el hecho de que la mujer representa el lado afectivo y altruista de la naturaleza humana, al paso que el hombre constituye el lado activo y egoísta. La mujer, como lo demuestra la biología, es el principal responsable de la reproducción de la especie, mientras que el hombre manifiesta

⁶ Las posiciones de Comte posteriores al encuentro con Clotilde están expuestas en el *Catéchisme positiviste*, escrito en 1852, versión popular dedicada especialmente a las mujeres, y en el *Système de politique positive, ou Traité de sociologie instituant la religion de l'humanité*, escrito entre 1851 y 1854.

mayores aptitudes para la transformación del ambiente, para la actividad industrial. En la preservación de la especie, además, el papel de la mujer no se limita a la reproducción, sino que se vuelca especialmente en la familia, donde como madre tiene la responsabilidad de la formación moral del futuro ciudadano.

De ahí a la alegorización de la figura femenina había apenas un paso. La Virgen católica, alegoría de la Iglesia, se convirtió en el positivismo en la Virgen-Madre, alegoría de la humanidad. Como dijo el mismo Comte, “el culto occidental de la Virgen-Madre se tornó el preámbulo espontáneo de la adoración universal de la Humanidad. Porque el Gran Ser realiza la utopía femenina al fecundarse sin ninguna asistencia extraña a su propia constitución”. La utopía femenina sería, entonces, la partogénesis, la capacidad de la mujer para gestar hijos sin la interferencia masculina, evolución que Comte creía poder deducir de los avances de los conocimientos biológicos de su tiempo. El paso siguiente consistió en especificar el tipo de mujer que debía representar a la humanidad y en manifestar el deseo de que la figura de Clotilde fuese grabada en las banderas occidentales.

El dogma de la superioridad del sentimiento y del amor sobre la razón y la actividad se aplicó también a las razas y a las culturas. La raza negra sería superior a la blanca por caracterizarse, como las mujeres, por el predominio del sentimiento, mientras que la raza blanca estaba marcada por la razón. Los países latinos se situaban en la misma posición de ventaja respecto de los anglosajones. Representarían el lado femenino de la humanidad, serían los portadores del progreso moral, mientras que los anglosajones serían el lado masculino, el progreso material, las ciencias menos nobles. A pesar de la gran importancia del progreso material, su papel era secundario en la evolución de la humanidad, que se basaba, sobre todo, en la moral, en la expansión del altruismo. Entre los países latinos, aun es Comte el que habla, Francia sería *le pays central*, y París la ciudad central. Los templos positivistas debían ser construidos mirando hacia París, así como los templos musulmanes se orientan hacia la Meca.

La república era, en esa concepción, un factor esencial de la transición orgánica a la fase final. Marcaría el inicio de la transición, ya que superaba la fase metafísica en la que elementos externos (monarquías hereditarias basadas en el derecho divino de los reyes) aun perturbaban la evolución humana. Las repúblicas deberían ser verdaderas comunidades, extensiones de la familia. Comte, en la huella de Rousseau, quería repúblicas que no excediesen los tres millones de habitantes, aproximadamente el tamaño de Bélgica. La propia Francia debería ser dividida en diecisiete repúblicas diferentes. En la fase final el mundo contaría con quinientas repúblicas: las “patrias normales”, que el filósofo prefería llamar “matrias”, para destacar los aspectos comunitarios y afectivos, volviendo, al mismo tiempo, al imaginario femenino. De allí también la posibilidad de representar la patria republicana por medio de la figura de la mujer.

[...]

El templo positivista debería exhibir la estatua de la humanidad en una posición central. También habría altares laterales, uno de ellos destinado a las santas mujeres.

Una consecuencia de todo esto fue la gran relevancia atribuida a los sentimientos y a la manera de alcanzarlos, esto es, a la expresión artística. La estética fue otra área desarrollada por el comtismo después del “renacimiento” clotildeano. El primer volumen del *Système* se

propuso establecer, en un capítulo titulado “Aptitud estética del positivismo”, una teoría general del arte. Según la estética positivista, la imaginación artística debe tener como fuente de inspiración el sentimiento, como base la razón, y como fin la acción.

[...]

Manipuladores de símbolos

La unión de la doctrina comteana con la visión estratégica de los ortodoxos hizo de los positivistas los principales manipuladores de símbolos de la República. Si la doctrina les daba el contenido de la simbología, la concepción estratégica los impulsaba a la acción con más urgencia de la que sentían los positivistas franceses, o europeos en general, incluidos los de convicción comteana. Creían que el Brasil se hallaba a las puertas de grandes transformaciones, incluso tal vez a punto de realizar un verdadero salto en la secuencia de las fases evolutivas. Además, se veían en una posición privilegiada para acelerar la marcha de la historia; y por ello se lanzaron al adoctrinamiento político con convicción y energía de apóstoles.

Si la acción debía basarse en la persuasión, el uso de los símbolos era imprescindible. En primer lugar, sin duda, la palabra escrita y hablada. De ella hicieron abundante uso en libros, diarios, publicaciones de la iglesia, conferencias públicas. Fue su arma principal de persuasión de los sectores medios. Pero también emplearon el simbolismo de las imágenes y de los rituales, teniendo en vista dos públicos estratégicos: las mujeres y los proletarios, menos afectos, al menos en el Brasil, a la palabra escrita. Llegar a esos dos públicos, convencerlos de la verdad de la doctrina, era una condición indispensable para el éxito final de la tarea que se habían propuesto. La disputa por las imágenes adquirió una importancia central.

La presencia de un positivista como Benjamín Constant entre los proclamadores de la República había sido un golpe de suerte, pero caería en el vacío si la propaganda no llevaba a cabo una tarea de persuasión. Por ello, los ortodoxos emprendieron una lucha incansable, por medio de la batalla de los símbolos, para llegar al corazón y la cabeza de los ciudadanos. Por ello, su lucha por los monumentos, por el mito de Tiradentes,[□] por la bandera republicana, por la figura femenina. Su acción recuerda a la de todos los revolucionarios modernos, desde David hasta el realismo socialista.

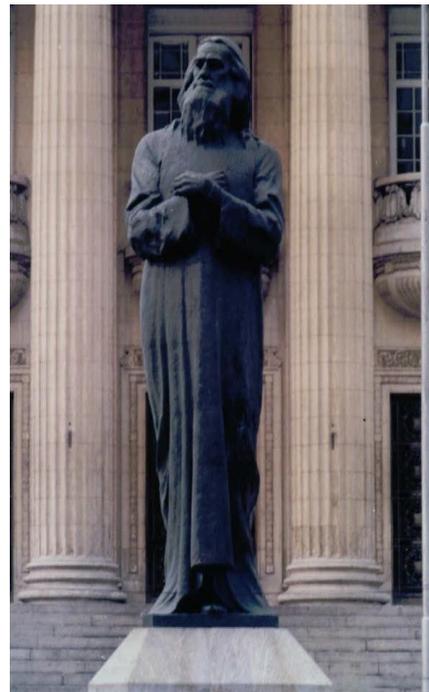
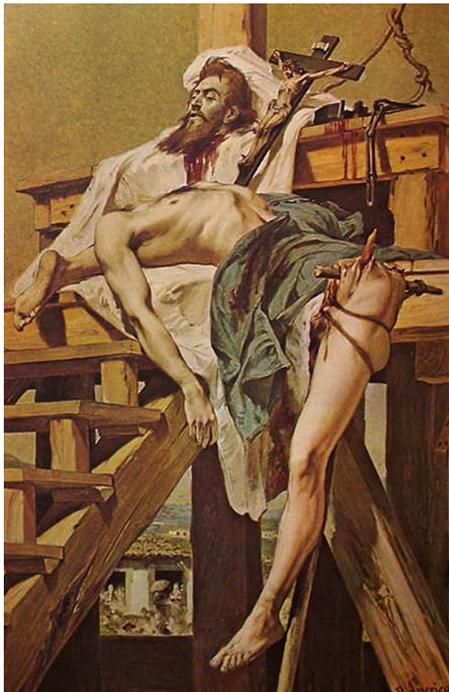
Las mismas condiciones que los llevaron a creer en el papel políticamente protagónico de las clases educadas hicieron que su influencia se ejerciera mayormente sobre las élites. Pero, en los casos en que su acción política encontró apoyo en las tradiciones populares, les cabe el mérito de haber contribuido de manera sustantiva para la construcción del escaso imaginario republicano que logró sobrevivir.

[□] Joaquim José de Silva Xavier (1746-1792), conocido popularmente como Tiradentes, fue promotor de una rebelión en Minas Gerais, en 1792, considerada como movimiento precursor de la independencia brasileña. Aplastada la rebelión antes de que estallara, Tiradentes fue condenado a morir en la horca en un patíbulo público en Rio de Janeiro. Su cuerpo fue descuartizado y exhibido en diversas ciudades del camino Rio de Janeiro a la Vila Rica (Ouro Preto), entonces capital de Minas Gerais. Su figura no fue rehabilitada durante el Imperio del Brasil por su carácter republicano, y recién fue erigida como héroe y símbolo por los positivistas. El tema es tratado en otro capítulo del libro.

Conclusión

Fracasaron los esfuerzos de las corrientes republicanas que intentaron expandir la legitimidad del nuevo régimen más allá de las fronteras trazadas por la corriente victoriosa. No fueron capaces de crear un imaginario popular republicano. Cuando tuvieron algún éxito, se debió a los vínculos establecidos con la tradición imperial o con valores religiosos. El esfuerzo desplegado fue insuficiente para quebrar la barrera creada por la ausencia de intervención popular en la implantación del nuevo régimen. Sin raíces en la vivencia colectiva, la simbología republicana cayó en el vacío, como sucedió particularmente en el caso de la alegoría femenina.

No es casual que el debate más vivo gire, aun hoy, en torno del mito del origen y de las utopías republicanas. Es un debate ideológico e historiográfico, limitado al pequeño círculo de los beneficiarios del régimen. También en esto se manifiesta el carácter inconcluso de la República: en sus cien años de vida, no fue ni siquiera capaz de establecer un mínimo consenso entre sus adeptos. Las alternativas planteadas en los primeros días aun parecen deseables y factibles. Si el modelo liberal-democrático gana fuerzas, aun permanecen vivos fuertes bolsones de jacobinismo, y trazos positivistas se aferran todavía tenazmente a los flancos de la República. Tampoco existe seguridad de que la moderna visión del deodorismo esté definitivamente muerta.



La falta de una identidad republicana y la persistente emergencia de visiones conflictivas ayudan a comprender el éxito de la figura de héroe personificada por Tiradentes. El héroe republicano por excelencia es ambiguo, multifacético, despedazado. Se lo disputan varias corrientes; es útil para la derecha, el centro y la izquierda. Es el Cristo y el héroe cívico, el mártir y el libertador, el civil y el militar, es el símbolo de la patria y del subversivo. La iconografía refleja las vacilaciones. Con barba o sin barba, con túnica o uniformado, como condenado o como alférez, compungido o rebelde: es la batalla por su imagen, por la imagen de la República.

Tiradentes permanece como héroe republicano porque logra absorber todas esas fracturas sin perder la identidad. A su lado, y a pesar de los desafíos provenientes de las nuevas corrientes religiosas, la imagen de Aparecida es quizá la que mejor logra dar un sentido de comunión nacional a vastos sectores de la población. Un sentido que ante la ausencia de un civismo republicano, solo puede provenir de un ámbito externo al político. Tiradentes descuartizado en brazos de la Aparecida: ésta sería la perfecta *pietá* cívico-religiosa brasileña. La nación exhibiendo el cuerpo despedazado de su pueblo, que la República no fue capaz de reconstituir.



Nuestra Señora de Aparecida y su santuario, en el interior del estado de San Pablo, visitado anualmente por unos diez millones de brasileños